

EN

Alphabet of Emotions and Movement

Alfabeto de emociones y movimiento

Johanna Lozoya



Calle Santiago Severín esquina con Santo Domingo, población La Matriz, Valparaíso, Chile. Fotografías: Johanna Lozoya

Fotografías: Johanna Lozoya

Los puse en el diccionario para una fácil localización. Era como un catálogo de movimientos; como un alfabeto secreto

Mirolad Pavić, "La jaula blanca de Túnez en forma de Pagoda"

Los gestos del espacio: primer movimiento

Los vecinos del viejo barrio de la iglesia de La Matriz se dieron cita a las doce del día para abrir una puerta.¹ En el número 10 de la calle Santiago Severín, las ruinas de la Segunda Comisaría de Carabineros de Valparaíso –un lugar de detención y tortura durante la dictadura– se han cubierto con un gesto distinto: "Estado público. Un lugar posible" se lee en tinta roja sobre su blanco portón cerrado; en unos minutos, lo sabemos todos, éste se abrirá y con ello un espacio colectivo para el deseo y la esperanza, para el reencuentro, la memoria y el olvido. La conservación de lugares en los cuales se practicaron el terror y la barbarie son, el día de hoy, por lo general, lugares apacibles: parques protegidos y didácticos que han (sobre)vivido apuntalados por los grandes esfuerzos ciudadanos que han impedido su destrucción.²

Este lugar posible, sin embargo, apuesta por desplegar la experiencia de lo público dentro de lo privado al ser devuelto a las prácticas y cuerpos ciudadanos;³ presencias que hablan del pasado, del futuro, del sufrimiento y del gozo. Estas ruinas, que se han cubierto de silencio, ahora se rediseñan con los aplausos, las risas y el latido de una nueva comunidad emocional.⁴ Por un tiempo, Santiago Severín número 10 será un espacio seguro de los niños del barrio y para ellos; sobre el pasto y entre los muros de las ruinosas celdas, sus movimientos –carreras, caídas y cabriolas– construirán brevemente nuevas atmósferas afectivas.

Ahora bien, ¿es posible pensar en las ruinas y en las memorias colectivas intervenidas en Santiago Severín como un *continuum* espacial de cuerpos, emociones y movimientos? ¿Cómo evidenciar que la memoria presente en la mirada de los adultos, y que se ha sumado al bullicio de la chiquillería, es también una cultura emocional de índole espacial? ¿el espacio posee evidencias de esta comunidad identitaria o es, en sí mismo, una evidencia? ¿estamos frente a un problema de representación o de experiencia? Estas preguntas surgen de la complejidad inherente al pensar la experiencia y las formas culturales de la subjetividad (emociones, sensaciones, pasiones e instintos) –temas que actualmente caracterizan al giro afectivo en las ciencias sociales y humanidades– a partir del conocimiento y diseño de lo arquitectónico urbano.

En las teorías sociales y en la geografía humana contemporáneas predomina una figura reflexiva dicotómica sobre el espacio –en la línea de cosificación y representación–⁵ y el mundo práctico y simbólico del hombre.

Estas ciencias han desarrollado una gradación de la experiencia para pensar –con privilegio en lo social– sobre la compleja expresión y experiencia de lo socioespacial:⁶ se piensa el cuerpo y el lugar (a la usanza sociológica), mientras que la arquitectura y la ciudad se evocan como representación y "gatillos" de la acción perceptual de los cuerpos o de las formas culturales de la experiencia subjetiva. Hasta cierto punto, la inclusión del término *embodiment* (corporeización) en la sociología les ha facilitado reconsiderar lo arquitectónico urbano (en cuanto la relación espacio-cuerpo) como una "puesta en escena" del sujeto y de lo colectivo en el lugar –*sine qua non*, se dice– de lo colectivo: el espacio público.⁷ Sin embargo, esto no es suficiente. A pesar del celebrado giro espacial en el conocimiento de las ciencias sociales y de las humanidades, "espacio" resulta un concepto ambiguo frente al protagonismo del pensar lo social (es decir, lo social en el espacio).

En las últimas décadas, un nuevo giro en el conocimiento de las ciencias sociales, de las humanidades y de la geografía humana (el giro afectivo) replica la misma fórmula: "espacio" se relaciona con la experiencia subjetiva cultural de las emociones, afectos, pasiones, instintos



Carabineros de Chile, Segunda Comisaría Central, Santiago Severín núm. 10, Valparaíso, Chile

y sensaciones; en tanto que “condición espacial”, de los afectos-emociones del colectivo humano.

Es una paradoja que esta forma dialéctica primaria (representativa) visualizada entre espacio y hombre no haya sufrido crisis o transgresiones violentas en los actuales paradigmas disciplinarios dedicados al estudio del cuerpo, de las emociones o de las geografías emocionales, cuando que en éstos sí se ha consolidado el argumento de que el espacio es indisoluble del cuerpo (de las emociones) que lo ve y que lo siente, y viceversa. Aun así, no sólo es frecuente que los teóricos sociales sean ciegos al espacio más allá de la representación, tanto como los geógrafos –los estudiosos del territorio– lo son a las dinámicas sociales, a pesar de que el giro espacial haya sido adoptado en ambas disciplinas.⁸

Lugar, hábitat, entorno son conceptos estratégicos racionales que siempre quedan cortos ante el desborde de la experiencia misma; ¿hábitus, escenarios, geografías?,⁹ no dejan de ser astucias lúdicas de la lógica científica que, escéptica, construye términos límites como percepción o sensorio, ligados al impacto de los afectos. Más allá de este alfabeto racional, se tiene –y se teme– la tierra incógnita de las emociones. Y es ahí, en el ámbito cultural, justo en el desborde de las retículas de la geometría, en la descoordinación de la razón, en la licuefacción de muros y bóvedas, en ese “más allá”, donde posiblemente “es y se es” aquello que hemos dado por llamar “espacio”. Porque el espacio, digámoslo de otra manera, es un proceso mutable, sutil y efímero que existe a partir de, entre otras, la experiencia afectiva (*grosso modo*, la capacidad de afectar y ser afectado) y la experiencia emocional (cognición encarnada, implicada con un andamiaje cultural de normas e ideales).¹⁰

Sin embargo, en Santiago Severín, ante mis ojos –nuestros ojos–, este “espacio posible”, esta espacialidad afectiva y emocional se revela como una experiencia profusa de deseos y de memoria; de materia mutable, de infinitas perspectivas encarnadas e intuitivas; de una multiplicidad de

culturas emocionales. Pensadas así, estas ruinas no son sólo un receptáculo de representaciones (lo menos) o un actante performativo (lo más), sino un proceso inscrito y experimentado “atmosféricamente”; es decir, un tipo de relación que tenemos con el mundo en cada momento y que interviene en cómo lo sentimos.¹¹ Esta atmósfera afectiva, estos procesos de identificación colectiva socioespacial que se construyen en movimiento con y a partir de estas ruinas, cubren la memoria (detención y tortura) de un nuevo alfabeto de afectos y emociones. La arquitectura ruinosa, lejos de ser objeto, se transforma en gestos, movimiento, sentido, que recuerda lo que Jacques Derrida llamaría, brevemente, una arquitectura en donde el deseo puede vivir.¹²



Consideremos el pensamiento arquitectónico. Con ello no me refiero a concebir la arquitectura como una técnica separada del pensamiento y por lo tanto posiblemente adecuada para representarse en el espacio, para constituir casi una encarnación del pensamiento, sino para plantear la arquitectura como posibilidad del pensamiento, que no puede ser reducido al estatus de representación del pensamiento [...] [En la arquitectura] puede existir una manera no descubierta de pensar, una perteneciente al momento arquitectónico, al deseo y a la creación.

Jacques Derrida, “Architecture where the Desire may Live”

No es “Estado público” quien construye esta atmósfera, pero sí quien reconoce que los lugares posibles –y en este caso, la necesidad de un sutil balance entre memoria, reconfiguración y futuro– son procesos colectivos que incorporan dinámicas afectivo-emocionales y empoderamiento. La atmósfera afectiva que se ha configurado hoy en Santiago Severín será innecesariamente temporal; en este predio patrimonial se construirá a partir del 2015 un edificio del Centro Interdisciplinario de Neurociencia de Valparaíso. Un diseño arquitectónico preestablecido cubrirá el predio, marcará los límites, trazará los pasillos y los pasos. Un diseño posible no es un lugar posible.



Los pensamientos humanos son como cuartos. Entre ellos hay salas lujosas y cuartuchos saturados. Los hay soleados y sombríos. Algunos dan al río y al cielo, otros al traspatio o al sótano. Las palabras en ellos semejan cosas y pueden ser cambiadas de un cuarto a otro. Los pensamientos dentro de nosotros en realidad, esas habitaciones en nuestro interior, agrupadas en palacios o cuarteles, pueden ser moradas de otros donde uno resulta sólo un inquilino.

Milorad Pavić, "La jaula blanca de Túnez"

Atmósferas memoriosas: segundo movimiento

En este lugar de memoria, dirijo el lente de mi Nikon a múltiples puntos de fuga: aquí una explanada con trozos de pasto, muros raídos y un silencio que se escapa rumbo a las nubes; allá un niño que se ha transformado en pasto, un muro abierto para el caminar liberado de una mujer otrora detenida, una risa que se ha abovedado entre las cuatro esquinas y un naranjo. Éste es un espacio de recuerdo, de olvido y a la vez de presente; ésta es una comunidad con una memoria emocional, espacial y corporal a la vez única y compartida, antigua y actual, madura e infantil. La atmósfera afectivo-emocional en Santiago Severín la produce no sólo la voluntad de un diseño, sino el “movimiento” de una comunidad emocional específica.

Nombrar, ya se ha dicho, delimita y guía celosamente al pensamiento. Aun así me pregunto ¿qué es una atmósfera afectiva? Lo hago sin afán de privilegiar el término más allá de reconocer en él un concepto cercano al lenguaje arquitectónico urbano. Ahora bien, ésta es una pregunta que no se puede más que responder insatisfactoriamente. Como la *captatio* agustina sobre qué es el tiempo (“si nadie me lo pregunta, lo sé; pero si quiero explicárselo a quien me pregunta no lo sé”), definir qué es una atmósfera afectiva nos coloca en una ambigüedad intrigante sobre la experiencia de la vida afectiva-emocional colectiva.

Las atmósferas afectivo-emocionales son una “experiencia flotante y difícilmente asible”, advierte Tonnino Griffero; de intentarse conceptualizar, se arriesga a modelar inadvertidamente la experiencia a los conceptos.¹³ Esta paradoja fenomenológica pone a prueba los parámetros estrictamente reflexivos de una conceptualización del espacio que se ha construido afirmando que nuestra relación primaria con las cosas es pensar en ellas; por lo tanto, las cosas serían originalmente lo que son cuando las pensamos.

[Atmósfera] es un algo-más que, finalmente, escapa a lo “analítico” que “inmoviliza” la percepción, puesto que la ciencia reduce todo lo que toca a la inmovilidad y la transforma en la naturaleza muerta. Sin embargo, a nuestro alrededor el mundo reverbera con mil melodías, exhala mil perfumes, está animado por un millar de movimientos que hacen vibrar y palpar a nuestro ser.¹⁴

Por un lado, acorde con Griffero, todo sugiere que es un estado difícil de definir, no porque sea raro o inusual, sino porque, por el contrario, es omnipresente a pesar de ser ocasionalmente inadvertido; por otro, contiene una serie de opuestos que constituyen una relación de tensión: presencia y ausencia, materialidad e idealidad, definido e indefinido, singularidad y generalidad. Percibir una atmósfera significa capturar una sensación del espacio, en él y desde él; una resonancia de espacio experimentado y una experimentación espacial en la que lo percibido y el perceptor se encuentran y se funden. Las atmósferas afectivas se forman y deforman constantemente, se dice, apareciendo y desapareciendo; y como los cuerpos, entran en relación unas con otras. Nunca están “terminadas”, estáticas o en reposo.

La plasticidad semántica del concepto atmósfera es atractiva. Permite pensar espacio y afectos-emociones como elementos inclusivos en nuestro sensible y cultural encuentro con el mundo; a su vez, reconoce el amalgamamiento de aquellas intensidades que se “alojan imperfectamente en los nombres propios que le damos a las emociones (esperanza, miedo, y así sucesivamente)”¹⁵ con diversas dimensiones espaciales; entre éstas, la corporal, la arquitectónica y la urbana. En una atmósfera afectiva las cualidades afectivo-emocionales emanan de la reunión de los cuerpos humanos, cuerpos discursivos, cuerpos no humanos y todos los demás cuerpos que componen las situaciones cotidianas.¹⁶ Es un concepto que tiende lazos con una sociología fenomenológica y con teorías de la arquitectura



moderna¹⁷ fundamentadas en la primacía de la percepción y el *cogito* encarnado.¹⁸

La percepción es, pues, el acto común de todas nuestras funciones motoras y afectivas, no menos que la sensorial, por lo que debemos redescubrir la estructura del mundo percibido a través de un proceso similar al de un arqueólogo [pues] la estructura del mundo percibido está enterrado bajo los sedimentos de conocimiento posterior. [Al] excavar hasta el mundo percibido, vemos que las cualidades sensoriales no son "dados" opacos indivisibles que simplemente se exponen a una conciencia remota –un favorito de la filosofía clásica. Vemos también que los colores (cada uno rodeado de un ambiente afectivo que los psicólogos han sido capaces de estudiar y definir) son a su vez diferentes modalidades de nuestra coexistencia con el mundo. También nos encontramos con que las formas espaciales o las distancias no son tanto las relaciones entre los diferentes puntos y una perspectiva de nuestro cuerpo central. En resumen, estas relaciones son diferentes maneras para que los estímulos externos pongan a prueba y varíen nuestro alcance en el mundo, nuestro anclaje horizontal y vertical en un lugar, en un aquí y un ahora [...] Nos parece que las cosas percibidas, a diferencia de los objetos geométricos, no son entidades cuyas leyes de construcción poseamos *a priori*, obligados, sino que son sistemas abiertos, inagotables, que reconocemos a través de un cierto estilo de desarrollo, a pesar de que nunca somos capaces, en principio, de explorarlos por completo, ya que nunca nos darán más de los perfiles y vistas de perspectiva de sí mismos.¹⁹

El lente de mi cámara ha quedado suspendido en una imagen: una mujer acaricia un trozo de muro, asoma el torso por la roída ventana, entra y sale por donde tendría

que haber una puerta, un cerrojo, una llave. Lo hace a pequeños brincos –primero muy lentos, después jovialmente ágiles. Es una mujer madura y, a diferencia de los niños que a su lado juegan a las escondidas o a los sustos, ella entra y sale de ese pedazo de habitación, de esa ruina, de esa celda, dejando escapar una exclamación de asombro, de incredulidad, de memoria. Ella no se esconde. Sus pasos abren a su antojo esa puerta invisible que, otrora, la mantuvo prisionera y humillada. Ella no se esconde; revisa, toca, mira. Ella no se esconde. Abre los brazos y recibe el cuerpo de un pequeño que, todo alegría y juego, se le ha tirado desde la ventana.

Afectar y ser afectado en Santiago Severín no es el mero impacto de la experiencia y de la materia –procesos que nada tienen de magia–, sino el reconocimiento cultural de un alfabeto producido por una constelación de movimientos, cuerpos, afectos, emociones y memoria. Los espacios no están "cargados de memoria" (si tal es el derecho de nombrar y existir); son los individuos y colectivos quienes lo están. Esta atmósfera afectiva es, en todo caso, "memoriosa": en ella impera el recuerdo, la reconfiguración y el futuro.

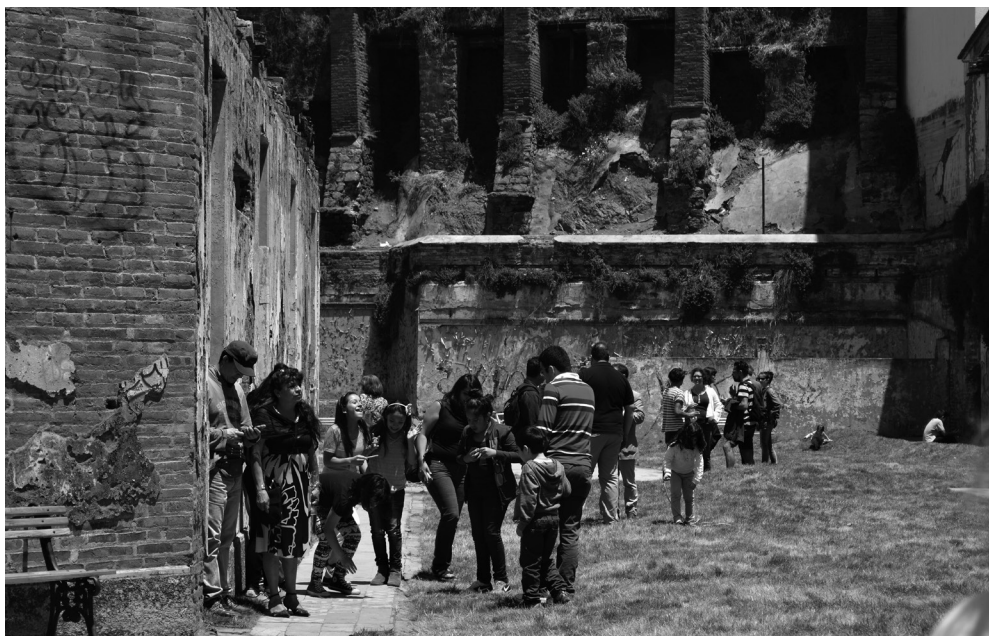
La emoción insomne: tercer movimiento

Una memoria individual no es confiable, distorsiona el pasado, es la reapropiación del pasado y del presente. Los sujetos colectivos no tienen memoria, no tienen la habilidad de recordar porque las sociedades no son organismos. Cuando se atribuye memoria a un sujeto colectivo es más correcto hablar de políticas de memoria, ya que tiene más que ver con las políticas que con la memoria, es decir, con nuestras preocupaciones vertidas desde el presente al pasado.²⁰

Esta lectura sobre la viabilidad de pensar la memoria como una experiencia orgánica colectiva plantea una dificultad intrínseca: la definición de fronteras claras entre la experiencia y relato de los individuos, y el engranaje político cultural que construye formas de memoria colectivas. Esta misma dificultad se presenta en el pensar la experiencia afectivo-emocional individual respecto a la constitución de las, así llamadas, comunidades emocionales, políticas de las emociones, estilos emocionales y, evidentemente, atmósferas afectivo-emocionales.²¹ En principio, *grosso modo* podemos coincidir en que la consigna a partir de la cual se construyen las políticas de las emociones, tanto como las políticas de la memoria, “moldea sus emociones y las actitudes hacia sus emociones”. Con esta lupa, se puede pensar en que los espacios surgen de las relaciones de poder; las relaciones de poder establecen normas; y las normas definen los límites que son tanto sociales como espaciales, porque determinan quién pertenece a un lugar y quién queda excluido, así como la situación o emplazamiento de una determinada experiencia.²² En este sentido, la normación afectiva de “lo espacial” responde a su representación y está sometida a la caracterización de la comunidad emocional como un “discurso común”: vocabularios y formas de pensar compartidos que tienen una función de control y disciplina (Foucault), o normas que internalizan y determinan cómo pensamos y actuamos, y que pueden ser distintas en cada grupo o “hábitus” (Bourdieu). Ahora bien, esta mirada se centra no en el “espacio”, sino en el cuerpo (esta primera forma de interacción socioespacial), en cuerpos colectivizados o colectivos corporeizados.

Los cuerpos [organismos y estructuras] y las ciudades se unen a través de la forma, la estructura y las normas de la ciudad que se filtran e influyen en los restantes elementos que intervienen en la construcción de corporeidad y subjetividad (o en la corporeidad como subjetividad) [...] influyen a su vez en la mirada de los individuos y en la comprensión que éstos tienen de su alienación y su posición en el espacio. A su vez, las distintas formas de vivir la espacialidad (la verticalidad de la ciudad en oposición a la horizontalidad del espacio) influyen en la forma de vivir el espacio, de tal modo que el comportamiento y las orientaciones del cuerpo, así como su esfuerzo, el territorio que debe negociar a diario [...], le proporcionan las formas más elementales de apoyo y sustento material. Por último, la ciudad

es también, naturalmente, el espacio de saturación cultural del cuerpo, de su superación y transformación a través de las imágenes, los sistemas de representación, los medios de masas y las artes; es el lugar en el que el cuerpo se reexamina, se transforma, se contesta y se reinscribe mediante la representación. Por tal motivo el cuerpo, como producto cultural, transforma y reinscribe el paisaje urbano según sus distintas necesidades.²³



Recuerdo los textos de los obreros industriales de fines del siglo XIX que aventuraban la necesaria conversión de sus fábricas —el lugar de la explotación sistemática— en museos, escuelas o parques, y hoy, muchas de aquellas instalaciones fabriles son, efectivamente, centros culturales, albergan espléndidas escuelas públicas, bibliotecas o jardines [...] Pero, ¿cuál es el programa de quienes sobrevivieron al terror de Estado, a la violencia política y cultural? Ellos sabían lo que habían pasado, los perpetradores sabían lo que habían hecho, de lo que se trataba era de que “los demás” lo supieran y evocaran el sufrimiento acontecido, lo conmemoraran como un gesto de reconocimiento. Este programa ha marcado el conflicto cultural sobre los lugares de memoria desde la segunda Guerra Mundial hasta hoy.

Isabel Piper y Evelyn Hevia Jordán, *Espacio y Recuerdo. Archipiélago de memorias en Santiago de Chile*

Ahora bien, el término atmósfera permite una respuesta a cómo atender y entender afectos y emociones colectivos en Santiago Severín, no a partir de los cuerpos individuales de los cuales emergen, sino como un “proceso” dinámico e inacabado en una constelación de cuerpos, movimientos, afectos-emociones y memoria. Estos cuerpos emocionados o, si se prefiere, las emociones encarnadas, son dimensiones inscritas en los movimientos creativos atmosféricos, a

los cuales son inherentes; de igual forma, a un proceso llamado “espacio”, en el que la reescritura y proyección de los cuerpos (emocionados) en el ambiente sociocultural a su vez produce y refleja su misma forma e intereses. Consiste en un proceso más cercano a lo que Elizabeth Grosz llama “simulacro”,²⁴ en el que los rincones, muros, caminos y explanadas de este jardín secreto surgen no a partir de un diseño previo, inexistente en este caso, sino como una mera invitación.

El cuerpo y su medio no forman un ecosistema orgánicamente unificado; por el contrario, se crean mutuamente como formas de lo hiperreal, como modos de simulación que transforman y rebasan la realidad que cada uno pueda tener en la imagen del otro: la ciudad se crea y se recrea en el simulacro del cuerpo, y éste, a su vez, se transforma, se “ciudadaniza”, se urbaniza como un cuerpo característicamente metropolitano.²⁵

Apago mi cámara fotográfica. Sumo mi presencia a la de todos y todo. Con la palma abierta de mi mano limpio el yeso que se ha pegado en un juego infantil. Me viene a la mente el protagonista del relato de Milorad Pavić, La jaula blanca de Túnez en forma de Pagoda, un insomne diseñador de interiores que pasa las horas nocturnas diseñando espacios acorde a los movimientos de una persona (JM, una bailarina): proyecciones de sus brazos y manos delicadas, de su manera de andar y peinarse, de la postura del cuello o del contorno de sus hermosos hombros y muslos.

[A partir de un alfabeto de movimientos] yo inventaba distintos tipos de muebles, porque cada pieza de menaje preveía otro movimiento de JM [...] Decidí remodelar la escalera. Recordé la manera de caminar de JM y un ademán suyo: [...] el de su mano que quiso apoyarse en el lujoso barandal metálico y luego desistió. [Por ello] la nueva escalera era de piedra con el barandal de hierro forjado y el pasamanos de madera de roble para que el frío no ahuyentara su mano.²⁶

Los gestos del cuerpo, de la arquitectura y de la ciudad se materializan en Santiago Severín –como en la invención de Pavić–, no sólo motivados por el deseo de que el recinto luzca bien, sino para una persona en particular y exclusivamente para las necesidades de esa persona o de ese cuerpo colectivo. Como los movimientos de JM, la bailarina hacedora de espacio, la emoción encarnada de la comunidad de los que hoy hemos producido un “Estado posible”, ha creado un alfabeto de juego, de silencio, de barullo, de memoria, de olvido y de esperanza. Guardo mi indiscreta Nikon y escribo las últimas líneas:

Mirar los vestigios significa comparar lo que vemos en el presente, lo que ha sobrevivido, con lo que sabemos que ha desaparecido. Sin embargo, esa opción en la conservación y uso de algunos lugares de memoria requiere una actuación distinta, requiere actuar sobre la sociedad, más que sobre el lugar mismo, requiere que la sociedad genere visitantes que deseen y sepan depositar sus miradas en los vestigios y construyan convicciones éticas.²⁷

Éste, es un lugar posible.



Yo no emprendía todas estas labores reflexivas sobre la decoración interior de esa casa sólo para apagar mi insomnio. Tenía otra razón más importante: anhelaba invocar a JM para que estuviera en mi vida de nuevo.

Milorad Pavić, “La jaula blanca de Túnez”

Notas

1. En el presente artículo se utilizan los términos “afectos” y “emociones” siguiendo la conceptualización predominante en la bibliografía anglosajona sobre el tema: *grosso modo*, “afecto” (o la experiencia de aquello que afecta y que afectamos) se vincula con lo no-narrativo, significativo; “emoción”, con lo personal, semiótico y subjetivo cultural. Véase sobre el uso del término “afecto”, en el ámbito anglosajón (recurrentemente vinculado con la concepción spinoziana como la capacidad de afectar y ser afectado), el conocido texto de Patricia T. Clough y Jean Halley (eds.), *The Affective Turn. Theorizing the Social* (Durham y Londres: Duke University Press). Esta distinción entre afectos (experiencia no cultural) y emociones (construcción cultural) es cuestionable, ya que se inscribe en la línea reflexiva dialéctica (subjetivo/objetivo, narrativo/no-narrativo, semiótico/significativo), más que en un *continuum* o relación en red continua, como es la perspectiva que interesa en este texto. Las “atmósferas afectivas”, a decir de Ben Anderson, no se ajustan claramente a estas distinciones analíticas o pragmáticas de opuestos; por el contrario, aportan una interesante reflexión sobre el *continuum* afecto, emoción, experiencia, construcción cultural, etcétera. Aun así, utilizo –con reservas– las posturas de Anderson y de Tonino Griffero, quienes entienden “atmósfera afectiva” como el efecto de la propia ambigüedad del afecto/emoción, entendido como determinado e indeterminado, presente y ausente, singular y vago. Véase Ben Anderson, “Affective atmospheres”, *Journal Emotion, Space and Society* 2, 2009: 77-81; y Tonino Griffero, *Atmospheres. Aesthetics of Emotional Spaces* (Dorchester: Ashgate, 2010). Cabe señalar que el presente artículo presenta una somera reflexión sobre los vínculos entre la propuesta de una atmósfera afectiva y la línea whiteheadiana (la experiencia del *actual occasions*), que apuesta por el evento o la

- ocasión como la unidad de análisis para el afecto/emoción; así como sobre la propuesta de *continuum* de atmósfera afectiva articulada tanto por la experiencia “acultural” como por las “formas culturales de la subjetividad” (emociones, sensaciones, pasiones, instintos); asimismo, se inscribe en la reflexión del cuerpo no como organismo, sino como proceso. Estos temas se abordan con mayor profundidad en la publicación del Laboratorio Grupo Estudio de las Emociones-México, Johanna Lozoya (edición y síntesis crítica), *El dilema espacial sobre las emociones. Arquitectura, ciudad y comunidad emocional* (en prensa). Véase también Paul Stenner, “A.N. Whitehead and Subjectivity”, *Subjectivity* 22(2008), 90-109; y Alí Lara y Giazú Enciso Domínguez, “El giro afectivo”, *Athenea Digital* 13(3) (noviembre 2013): 101-119. Sobre el estudio de la experiencia centrado en las formas culturales de la subjetividad, véase el trabajo de los grupos Epistemología Histórica: Historia de las emociones, siglos XIX y XX, e Historia de la Experiencia Emocional (CSIC, España), plasmado en el texto de Javier Moscoso y Juan Manuel Zaragoza, “Historias del bienestar: Desde la historia de las emociones a las políticas de la experiencia”, *Cuadernos de Historia Contemporánea* 36 (2014): 73-88.
2. Ver Richard Vinyes, “Sobre los lugares apacibles”, Isabel Piper Shafir y Evelyn Hevia Jordán, *Espacio y Recuerdo* (Santiago de Chile: Ocho Libros, 2012), 9-11.
 3. “Estado público. Construcción de un lugar posible para una experiencia común” es un proyecto de las artistas Guisela Munita y Ángela Ramírez, y de la arquitecta Carolina Sepúlveda, dedicado a la intervención temporal en edificios patrimoniales. La intervención en la ruinas del edificio de la Comisaría de Carabineros de La Matriz (Santiago Severín 10 esquina con Santo Domingo), que se incendió en el 2004 y quedó como ruina, se llevó a cabo del 12 de noviembre de 2014 al 17 de enero de 2015. La iniciativa fue auspiciada por el Fondo Nacional de Desarrollo Cultural y las Artes 2014 y el Centro Interdisciplinario de Neurociencia de Valparaíso. Véase ucv Radio, “Artistas visuales construyen plazas en edificio en ruina de Valparaíso” [en línea], revisado en marzo de 2015. Disponible en <http://www.ucvradio.cl/bsite/2014/11/27/artistas-visuales-construyen-plazas-en-edificio-en-ruina-de-valparaiso>. Para una visión de la calle previa a la intervención véase Google maps, <http://goo.gl/BSX302>
 4. Denomino “comunidad emocional” a la cohesión identitaria de un grupo social en el cual la significación de su experiencia emocional tiene un objetivo e intereses y valores culturales comunes. Para la descripción alternativa utilizada en la bibliografía anglosajona véase Barbara H. Rosenwein, *Emotional Communities in the Early Middle Ages* (Ithaca y Londres: Cornell University Press, 2006).
 5. Utilizo el término “cosa” y “cosificación” según la caracterización del filósofo Remo Bodei: “El término italiano ‘cosa’ (y sus correlativos en las lenguas romances) es la contracción del latín ‘causa’, o sea, aquello que consideramos tan importante y atractivo como para movilizarnos en su defensa.” En consecuencia, no se refiere al objeto físico en cuanto tal, sino a la dimensión colectiva de actuar, debatir, deliberar. “Objeto, en cambio es un término más reciente que corresponde a la escolástica medieval y parece recalcar teóricamente el griego ‘problema’, entendido, ante todo, como el obstáculo que se antepone para la defensa, un impedimento que, al interponerse y obstruir el camino, lo cierra y provoca una detención. [...] La cosa no es el objeto, el obstáculo indeterminado que tengo frente a mí y que debo abatir o eludir, sino un nudo de relaciones en que me siento y estoy implicado”. No se refiere a los objetos de manera específica y exclusiva, sino que remite a la lógica, a la investigación, a la praxis o a las relaciones humanas. Véase Remo Bodei, *La vida de las cosas* (Buenos Aires: Amorrortu ediciones, 2009), 23 y 33.
 6. Si bien lo socioespacial es frecuentemente considerado como “organismo”, en este texto se prefiere concebirlo como “procesos”.
 7. Cabe mencionar que la icónica obra del renombrado geógrafo y científico social, Allan Pred (1936-2007), dedicada a la geografía humana y a la ciudad, merece un estudio profundo y crítico por parte de arquitectos urbanistas. Resulta particularmente revelador el texto “The choreography of existence: Comment on Hägerstrand’s Time-Geography and its usefulness”, *Economic Geography* 2 (53) (abril de 1977): 207-221.
 8. Comentario a propósito de “Bodies-Cities” de Elizabeth Grosz. Linda MacDowell, *Género, identidad y lugar. Entendiendo las geografías feministas* (Madrid: Cátedra, 2000), 101.
 9. Entiéndase lugar (Marc Augé), habitar (Heidegger) o hábitus (Bordieu) a la usanza de la sociología.
 10. La construcción cultural de la “experiencia emocional” se refiere, hasta cierto punto, a la propuesta de William M. Reddy sobre lo que ha llamado “emotional styles”: “Un mayor entendimiento de lo que se denomina ‘emociones’ en el Occidente sugiere que no debemos preocuparnos con lo que el individuo ‘realmente’ siente. Esto es así, no porque las emociones sean mera construcciones culturales, acciones de un discurso hegemónico. Por el contrario, investigaciones recientes sugieren que las emociones son un forma vital del proceso cognitivo; que, en muchas culturas, la vida emocional está gobernada por normas e ideales; y que la aplicación de tales normas, y la persecución de esos ideales se complica por la extraña interacción de la auto-percepción y esforzada auto-alteración [...] Las emociones, como sean denominadas o llamadas, constituyen un dominio de un esfuerzo significativo en lo moral y político”. Véase William M. Reddy “Emotional Styles and Modern Forms of Life”, en Nicole C. Karafyllis y Gotlind Ulshöfer (eds.), *Sexualized Brains: Scientific Modeling of Emotional Intelligence from a Cultural Perspective* (Cambridge: MIT Press, 2008), 84 y 92.
 11. Tonino Griffero, “Introduction. Not to Leave Vagueness (but to Stay in the Right Way)”, en *Atmospheres: Aesthetic of Emotional Spaces*, 7.
 12. Jacques Derrida, “Architecture where the Desire may Live”, en Neil Leach, (ed.), *Rethinking Architecture: A reader in cultural theory* (Londres, Nueva York: Routledge, 1997), 317-323.
 13. Tonino Griffero, *Atmospheres. Aesthetics of Emotional Spaces*, 1.
 14. Tonino Griffero, en *Atmospheres. Aesthetics of Emotional Spaces*, 6.
 15. Ben Anderson, “Affective atmospheres”, 77.
 16. Ben Anderson, “Affective atmospheres”, 80.
 17. Véase Jonathan Hale, *Merleau-Ponty for Architects*, serie “Thinkers for Architects” (Nueva York: Routledge, 2015).
 18. La filosofía de Merleau-Ponty del “*cogito* encarnado” tiene su fundamental comportamiento en la constitución perceptual del mundo, en el cual es, sin embargo, siempre parte y participante. “La mente que percibe es una mente encarnada. He tratado, en primer lugar, de restablecer las raíces de la mente en su cuerpo y en su mundo, en contra de las doctrinas que tratan la percepción como un simple resultado de la acción de las cosas externas en nuestro cuerpo, así como en contra de aquellos que insisten en la autonomía de la conciencia. Estas filosofías comúnmente olvidan –a favor de la pura exterioridad o de la interioridad– la pura inserción de la mente en la corporalidad, la ambigua relación que entretejemos con nuestro cuerpo y, correlativamente, que percibe las cosas.” James M. Edie, “Introducción”, en Maurice Merleau-Ponty, *The Primacy of Perception* (Evanston: Northwestern University Press, 1985), xviii.
 19. Merleau-Ponty, *The Primacy of Perception*, 5-6.
 20. Cita tomada de la conferencia inaugural del historiador José Álvarez Junco, en Mercedes Arbaiza y Pilar Pérez-Fuentes (ed.), *Historia e identidades nacionales. Hacia un pacto entre la ciudadanía vasca* (Bilbao: Servicios Editoriales Bilibaino, 2001), 16.
 21. La idea se desarrolla en Johanna Lozoya, *Shooting Silence. Politics of Emotion and Photography in the Estadio Nacional de Santiago de Chile* (1973) (en prensa).
 22. Véase el comentario sobre habitar y hábitat de Marina Waisman, *La estructura histórica del entorno* (Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión, 1972).
 23. Véase Elizabeth Grosz, “Bodies-Cities”, en Janet Price y Margrit Shildrick (ed.), *Feminist Theory and The Body. A Reader* (Nueva York: Routledge, 1999), 382. Elizabeth Grosz llama cuerpo a una organización concreta, material, animada de carne, órganos, nervios, músculos y estructura ósea, que tiene una unidad, cohesión y organización sólo a través de su inscripción física y social como superficie y material básico de una totalidad integrada y cohesiva. “El cuerpo es, por decirlo así, orgánica/biológica/naturalmente ‘incompleto’; es indeterminado, amorfo, una serie de potencialidades no coordinadas que requieren un gatillo social, orden y ‘administración’ a larga duración, regulada en cada cultura y época por lo que Foucault ha denominado ‘las micro-tecnologías del poder’”.
 24. Elizabeth Grosz, “Bodies-Cities”.
 25. Elizabeth Grosz, “Bodies-Cities”, citado en Linda MacDowell, *Género, identidad y lugar. Entendiendo las geografías feministas* (Madrid: Cátedra, 2000), 101.
 26. Milorad Pavić, “La jaula blanca de Túnez en forma de Pagoda”, en *Siete pecados capitales* (México: Sexto Piso, 2003), 14-18.
 27. Isabel Piper Shafir y Evelyn Hevia Jordán, *Espacio y Recuerdo. Archipiélago de memorias en Santiago de Chile* (Santiago: Ocho Libros, 2012), 11.

Johanna Lozoya

Maestra en Historia, doctora en Arquitectura
 Investigadora Titular y Coordinadora del Laboratorio
 Grupo Estudio de las Emociones-México (GEE-MX Lab)
 Centro de Investigaciones en Arquitectura, Urbanismo
 y Paisaje Facultad de Arquitectura,
 Universidad Nacional Autónoma de México, México

✉ lozoyameckes@yahoo.com.mx